

Érase una vez un poeta bueno

Mañana, día de Sant Jordi, la Universidad de Barcelona hará justicia y rendirá homenaje a uno de sus antiguos alumnos, José Agustín Goytisolo, expulsado de sus aulas durante el franquismo. Ese día, el poeta al que gus-

■ JOAQUIM ROGLÁN

■ Barcelona. — El día de Sant Jordi, el Paraninfo de la Universidad de Barcelona abrirá sus puertas para que se haga justicia y se rinda homenaje a uno de sus antiguos alumnos: José Agustín Goytisolo, el poeta que tuvo que acabar su carrera de Derecho en Madrid porque las autoridades académicas franquistas le expedientaron a causa de sus actividades políticas.

“Me hicieron un favor porque los catedráticos de Madrid tenían un nivel deplorable. Cómo serían, que me inventé un jurista extranjero inexistente. Cada vez que lo citaba en un examen y le atribuía palabras mías, me daban una matrícula de honor”, recuerda.

José Agustín Goytisolo es reservado. Pocos amigos saben que la cicatriz bajo su mandíbula es de un balazo. Ya casi nadie recuerda aquel repetidor de TVE que fue dinamitado cuando se retransmitía un partido entre el Madrid y el Barça. El joven anarquista Salvador Puig Antich murió en el garrote vil. El joven ácrata Oriol Solé Sugranyes cayó bajo las balas en la gran fuga de presos políticos de la cárcel de Segovia. Ya nunca podrán explicar su amistad ni sus vínculos con Goytisolo: “Hice lo que debía hacer entonces y lo volvería a hacer en iguales circunstancias”, dice él.

Sin juguete

José Agustín Goytisolo es un gran conocedor de los clásicos griegos y latinos. Como Sócrates, podría decir: “Dios me puso sobre la ciudad como el tábano sobre el caballo, para que no duerma ni amodoro”. Escribió un poema para reírse de la costumbre que hay en Barcelona de reunir en otoño a los amigos en cenas y fiestas para explicarles el verano. “Después de saludar a los anfitriones/ tomo un vodka con hielo y comienzo a decir estupideces/ a fin de aterrorizar a la concurrencia.”

Pero sólo es un juego de poeta, porque Teté, como le llama su hija Julia, es un hombre bueno que se comporta como el niño que no le dejaron ser cuando se pone a jugar con su nieto. “El creador, el poeta, no es tan sólo un ser que siente y se commueve, pues eso le ocurre a todo el mundo, sino un artífice que sabe hacer sentir y conmover a un público con ese

juguete, con ese juego por excelencia que es la obra literaria bien hecha”, escribió.

José Agustín Goytisolo fue un niño que se quedó sin un juguete porque el día que su madre iba a comprárselo, la aviación de Franco bombardeó la Gran Vía. “Yo tenía diez años. En el Hospital Clínico tuve que levantar más de 50 sábanas hasta encontrar el cadáver de mi madre. Dicen que soy raro. ¿Cómo quieren que sea?”

Un poema suyo lo recuerda: “Cuando yo era pequeño,/ estaba siempre triste, y mi padre decía, / mirándome y moviendo la cabeza: hijo mío, / no sirves para nada.” Creció. “Y cuando me pusieron/ los pantalones largos, / la tristeza cambió de pantalones.”

Los nobles sentimientos

Sus poetas preferidos son Antonio Machado, Dámaso Alonso, Luis Cernuda, Rafael Alberti, Pablo Neruda y Vicente Aleixandre. Por eso los eruditos dicen que su grupo generacional y la Escuela de Barcelona rescataron y salvaguardaron la memoria ética y poética de la Generación del 27 y del exilio. “Yo no he venido para ilorar sobre tu muerte, sino que alzo mi vaso y brindo por tu claro camino y porque siga tu palabra encendida”, dijo ante la tumba de Machado en Colliure.

Intentaron encasillarle como poeta social y advirtió: “No hay que caer en la tentación de confundir los nobles sentimientos con la buena poesía”. Cuando en la posguerra la poesía española quedó en manos de los imitadores de Garcilaso y de los que tomaron a Dios como único tema, él les llamó “poetas celestiales”. Prefería a los “poetas locos, que, perdidos en el tumulto callejero, cantan al hombre”.

Volvió a la ética de Machado para aconsejar: “Sí, sed como la piedra, / como el canto rodado: / puros y resistentes, / terribles y obstinados”. El tábano de Sócrates le inspiró otra vez contra “la corrupción de la sociedad, la infecciosa actitud de sus dirigentes, la pobreza mental, la alienación progresiva”.

Sarcástico y corrosivo, se propuso educar a los niños para la vida moderna a base de canciones inocentes: “Trabaja niño no te pienses/ que sin dinero vivirás/ junta el esfuerzo y el ahorro/ abre paso ya verás/ como la vida te depara/ buenos momentos.

ta soñar un mundo al revés, con lobitos buenos y príncipes feos, verá convertirse en realidad uno de sus sueños, porque el Paraninfo se llenará de poemas y canciones que ninguna dictadura soporta escuchar.

Te alzarás/ sobre los pobres y mezquinos/ que no han sabido descolar.” Se lo dijeron muchas veces su abuelito y su papá, “pero lo olvidaba muchas más”.

El mundo al revés

A José Agustín Goytisolo siempre le ha gustado soñar un mundo al revés, con “un lobito bueno”, “un príncipe feo” o “un pirata honrado”. En su último libro, *El rey mendigo*, vuelve a las andadas y dedica un poema a Marcial, aquel poeta aragonés que triunfó en Roma y luego cayó en la desgracia y la miseria al cambiar el emperador: “No: no puedes irte. Debes terminar los escritos que tienes empezados y has de quedarte aún”, le anima, porque mal que pese a los poderosos que quieren acabar con los poetas, “aún hay veneno y jazmín en tu tinta: y ni la muerte/ les va a librar de tu arte despiadado y púrisimo”.

En el prólogo de este último libro, que es una magistral lección

de literatura y de crítica literaria, a la vez que una encendida declaración de amor hacia sus lectores, el autor sintetiza de nuevo su ética y su estética: “Historia, vida y literatura, aunque separadas, se vuelven a confundir siempre en mi sensibilidad”.

El día de Sant Jordi, en el Paraninfo de la Universidad de Barcelona, José Agustín Goytisolo verá un mundo al revés. Su amigo Paco Ibáñez cantará sus poemas más populares, los mismos que le prohibían cantar durante el franquismo.

El ahora catedrático de literatura española Joaquim Marco, antiguo estudiante represaliado, hinchará su bistro crítico en la obra del amigo Goytisolo. El rector Josep Maria Bricall, estudiante perseguido, presidirá el acto, y Xavier Bru de Sala representará a una Generalitat cuyo presidente fue fusilado. Aun así, José Agustín Goytisolo, el poeta bueno, siempre recuerda que “los poetas le piden a la vida más de lo que ésta ofrece”.

□ PERE MONÉS



José Agustín Goytisolo y su hija Julia, a la que dedicó un poema.

El último socio del club de los poetas que nunca mueren

■ Tras la muerte física, que no literaria, de Carlos Barral y Jaime Gil de Biedma, José Agustín Goytisolo, nacido en 1928, es el último miembro de la Escuela poética de Barcelona, un grupo de amigos que mantendrá relaciones fraternas con sus colegas españoles de la generación de los 50.

Los tres amigos reaccionaron a la vez contra la poesía que se hacía en la España de posguerra, recuperaron la poética de la Generación del 27 y, aunque no olvidaron el compromiso político, se mantuvieron estéticamente distantes de la que luego se llamaría poesía social.

El más versátil

Según los eruditos, la obra poética de Carlos Barral es exquisita pero corta y monótona. La de Gil de Biedma es brillante y perfe-

ta, aunque corta. Y la obra de José Agustín no tan sólo es la más extensa, sino que es brillante, tierna y versátil, porque igual ha compuesto sonetos cultos que canciones infantiles.

Además de haber escrito una decena de libros propios, José Agustín ha recopilado más de 20 antologías de poetas extranjeros y ha traducido a muchos autores catalanes, Salvador Espriu, Joan Vinyoli y Raimon, entre otros. También ha traducido a los clásicos griegos y latinos, cuyos registros técnicos y temáticos sobre vuelan su poética.

Goytisolo se dio a conocer en 1955 con *El retorno*. Otros títulos suyos son *Palabras para Julia y otras canciones*, *Taller de Arquitectura*, *Del tiempo y del olvido*, *Salmos al viento*, *Los pasos de un cazador*, *Final de un adiós*, y *El rey mendigo*.